

PALABRAS E IMÁGENES

Constanza Vergara¹
cvergara@uahurtado.cl

Nací y crecí en dictadura. Mi familia vivía en la casa de mi abuelo en Las Condes y la sensación era que estábamos rodeados por gente de derecha, así que los primeros diez años de mi vida quedaron marcados por la implícita división entre lo que se podía decir en privado y en público. No sé cómo, pero aprendí que hay cosas que no se comentaban ni en el colegio ni con los vecinos. En casa, mi abuelo escuchaba “El diario de Cooperativa” y mis papás leían revistas como *Cauce*, *APSI*, *Análisis* y *Pluma y Pincel*. Mi papá llegaba de la oficina con *El Fortín Mapocho* y a mí me gustaba ver el dibujo de Margarita en portada. Crecí con la sensación de que nadie más conocía esas publicaciones, como si fueran parte de un lenguaje privado, exclusivo de mi familia. De hecho, hace un par de años me reencontré con Jaime, uno de mis amigos de la infancia y me confesó que, en su historia de vida, mi casa tuvo un rol muy importante, porque fue allí donde escuchó hablar por primera vez de dictadura y de desaparecidos, palabras desconocidas hasta entonces para él.

Mi abuelo era el que se saltaba las reglas y hablaba fuerte, sin importarle a quién tuviera al frente. En medio de los murmullos, él sacaba la voz para anunciarle a cualquiera que “Pinochet es el asesino más grande que ha tenido este país”. Mi abuelo, hombre conservador y de derecha, tuvo cuatro hijos que en los setenta militaron en el MAPU. Luego del golpe, uno de ellos desapareció y otro tuvo que salir de Chile

¹ Constanza Vergara (Santiago de Chile, 1978). Doctora en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad Autónoma de Barcelona y académica del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Alberto Hurtado. Sus investigaciones giran en torno a la literatura latinoamericana contemporánea y la relación entre cine y literatura en primera persona. Ha publicado sobre cine documental y memoria en las revistas *Meridional*, *Anales de Literatura Chilena* y *Altre Modernità*, así como en compilaciones como *Pasados Contemporáneos. Acercamientos interdisciplinarios a los derechos humanos y las memorias en Perú y América Latina* (Ed. Iberoamericana, 2019). Con Betina Keizman editó el libro *Profundidad de campo. Des/encuentros cine-literatura en Latinoamérica*. (Ed. Metales Pesados, 2016). Actualmente, participa en dos proyectos de investigación: uno sobre viajeros latinoamericanos de los años ‘60 y otro sobre representaciones de la víctima en narrativas de Haití, Chile y Perú.

y refugiarse en Inglaterra. “Tu abuela murió de pena” solía explicarme, mientras me contaba dónde había buscado a su hijo, con quiénes había intentado hablar y cómo le habían mentado en la cara.

Héctor Patricio Vergara Doxrud es el nombre de mi tío detenido desaparecido. Era el segundo de los hermanos y se llevaba un año con mi papá. A diferencia de mi abuelo, a él le costaba hablar de Pato. Cuando chica no sabía de duelos ni de teorías del trauma, pero entendí rápidamente que había temas sobre los que mi papá no quería hablar, sobre los que era mejor no preguntar. Me podía contar sobre su infancia, sobre los juegos que hacían, sobre los caballos en la parcela, pero algo cambiaba cuando mis preguntas se acercaban al presente. “Se lo llevaron por pensar distinto” era la respuesta genérica que recibía cuando intentaba comprender qué había pasado.

A mi mamá también le cuesta hablar, pero en su versión el silencio todavía va acompañado de temor: poco a poco me ha ido explicando cómo, durante su primer año de matrimonio, que también fue el primero de la dictadura, decidieron esconder gente en la casa, entre ellos, a mi tío. Su nombre era el único que conocía, del resto (una pareja de brasileños, un militante del MIR, un joven conscripto fugado de la FACH), solo supo nombres falsos. En su caso, lo más seguro era no saber, no repetir, no hablar.

Con el paso del tiempo, se fue ampliando el circuito de los lugares donde se podía mencionar la dictadura y las personas con las que se podía discutir de política. Recuerdo acompañar a mis papás a la casa de ejercicios de Punta de Tralca, donde creo que más de una vez me quedé dormida mientras se mostraban videos de lo que después supe era Teleanálisis. Allí también fue donde, con mi hermana, conocimos al Cardenal Raúl Silva Henríquez. Intuíamos que era algo importante, pero no sabíamos por qué.

La época del plebiscito es de las más sociables que recuerdo. Mi abuelo, por supuesto, se había comprado una chapita enorme que decía “No hasta vencer” y mis papás se preocupaban cuando salía con ella en la solapa de su abrigo. No nos perdíamos la franja electoral y más de una vez pusimos la tele en el living para verla con más gente en la casa. Mi hermana y yo nos aprendimos la canción del No y por fin logramos encontrar compañeras de curso que también se la sabían. Cuando se reconoció el triunfo del No, le pedimos permiso a mi mamá para pintar con ténpera unos arcoíris en unas sábanas viejas.

Tengo muchos recuerdos de la celebración en el Parque O’Higgins: el viaje en metro hasta la oficina de mi papá, la caminata hasta el parque, la sensación de que mis papás conocían y saludaban a todo el mundo; los abrazos, los cantos, la alegría. Yo, que siempre me había sentido en minoría y consciente de los límites de lo que se podía decir, de repente estaba rodeada de otras familias, gritando “¡Y ya cayó!” de la mano de mis papás.

Pato fue detenido el 17 de septiembre de 1974, cuando tenía 32 años y tres hijos pequeños. La sentencia definitiva de su caso judicial fue dictada por la Corte Suprema el 18 de junio del 2012. Es decir, el proceso tardó casi 38 años, más de lo

que alcanzó a vivir. La sentencia tiene 29 páginas y por una década ha estado guardada en mi computador. La última vez que la leí, destacué lo importante, como si fuera un texto que me tocaba estudiar: en ella se dictaminan cinco años y un día para Manuel Contreras, tres años y un día para César Manríquez y ochocientos días para Marcelo Moren Brito, por sus responsabilidades de autor en el secuestro calificado de mi tío. La sentencia habla de un secuestro realizado por agentes del Estado, y describe el hecho como un delito contra la humanidad. Habla también de su naturaleza permanente, lo que lo hace imprescriptible.

Poco después de conocida esa resolución, el 14 de julio de 2012, cuando Pato hubiera cumplido 70 años, mi familia organizó un encuentro en el Memorial de los Detenidos Desaparecidos y un emocionante almuerzo para recordarlo. En septiembre del 2013, cuando se conmemoraron los 40 años del golpe de estado, el Colectivo Memoria UC organizó una entrega de títulos póstumos y reconocimientos a estudiantes, profesionales y profesores que fueron detenidos desaparecidos o ejecutados políticos durante la dictadura. Mi familia asistió en masa. Mi abuelo ya no estaba, pero ahora sí, con el paso del tiempo y gracias a los reconocimientos institucionales, todos parecían dispuestos a hablar.

En ese entonces, yo tenía casi la misma edad que mi papá cuando detuvieron a su hermano. También tenía una sobrina de 6 años, similar a la edad de mis primos cuando su papá desapareció. Mientras saco estos cálculos y me detengo en lo diferente de nuestras experiencias, me doy cuenta de que en 1974 mi mamá tenía solo 20 años y una hija recién nacida. Como mis estudiantes, pienso.

Busco en YouTube el video de una presentación del grupo Radio Magallanes, mientras preparo una clase para gringos. El registro es del 2019, en el frontis del Museo de la Memoria y tiene, de fondo, a modo de telón, un collage de fotos de desaparecidos. Veo la imagen de mi tío en la pantalla. La cámara se acerca para enfocar a uno de los músicos en un plano medio y yo no dejo de ver el rostro de Pato, mientras Carlos Soto Román declama: “Ordeno: su detención y puesta a disposición de la justicia; su puesta a disposición de los organismos de seguridad, para que pueda ser interrogado y así recabar antecedentes que permitan la prevención de actos violentistas.”

Mi abuelo tenía dos fotos en su escritorio: la de su mujer y la de su hijo. El retrato de la Lala era el que había aparecido en *El Mercurio* junto con el anuncio del compromiso. La de Pato, me explicó mi mamá, no era un retrato, sino el recorte de una foto que le sacaron en un matrimonio, y la eligieron porque, para entonces, era la más actual. Ahora entiendo por qué aparece de terno y corbata. Miro con atención y puedo ver parte del velo de la novia en una de las esquinas. Una foto de estudio y otra más espontánea; ambas se utilizaron para difundir información y ambas terminaron en contextos muy distintos a los originales. Ahí estaban, siempre presentes y así es como se han mantenido en mi recuerdo.

A lo largo de los años, me he encontrado muchas veces con la foto de mi tío: expuesta en un panel en la Estación Mapocho durante un paseo de curso del colegio; como fotocopia, colgada en una valla papal en la calle Morandé luego de la conmemoración de un 11 de septiembre; en la web de Villa Grimaldi y en el video de YouTube cuando preparaba mi clase. Nunca lo conocí, pero soy capaz de distinguir su rostro a la distancia, entre otros en blanco y negro.

El último de estos encuentros fortuitos ocurrió el 30 de agosto de este año, día internacional del Detenido Desaparecido. Esa tarde, Delight Lab realizó una intervención lumínica en el frontis del Palacio de la Moneda, donde proyectó los retratos de todos los detenidos desaparecidos que todavía falta encontrar, junto a los textos “¿Dónde están?” y “Seguimos buscando”. Yo no sabía de esto, pero casualmente pasé por ahí con una amiga. Vi la proyección y le dije: “quizás sale la foto de mi tío”. A los pocos minutos, veo aparecer el rostro de Pato, justo al centro de la Moneda. Atiné a sacar fotos de la imagen, antes de que continuara la secuencia. Me quedé horas viendo la instalación, esperando verlo aparecer otra vez, pero no hubo repetición de las imágenes. Estuve en el lugar indicado en el momento justo.

Es cierto, seguimos buscando. No olvidamos. La justicia se ha hecho en medida de lo posible. Las medidas de reparación nunca son suficientes, pero no todo sigue igual. Ahora hay otra ocupación del espacio: la foto de Pato llegó al museo y a la Moneda. También hemos encontrado nuevas formas de hablar: pude mandar las fotos de ese día al chat familiar y todos tuvieron algo que decir. Las distintas generaciones han sacado la voz y al menos podemos reconocer lo que nos conmueve y duele. Yo he escrito sobre memoria y trato estos temas en mis clases, en español y en inglés, con estudiantes chilenos y gringos. Mi hermana hizo su tesis de Psicología sobre memoria colectiva y ahora que vive fuera de Chile, ha trabajado con refugiados, como una manera de mantener un compromiso ético en relación con la defensa de los Derechos Humanos. Sin duda, llevamos en nosotras lo que escuchamos y aprendimos en esa casa de la infancia.